

Bajo estos mismos árboles sombríos  
Que nos prestan su abrigo generosos,  
Se oyeron esos ecos misteriosos  
Que dan al alma celestial salud:

Sobre este mismo asiento tosco y duro  
Esa mujer, oh Fabio, se sentaba,  
Y á sus piés reverente me postraba  
A escuchar sus lecciones de virtud.

Hablaba; y como fuente bienhechora  
Que riega y da salud á jóven planta,  
De su palabra la dulzura santa  
Inundaba mi tierno corazón:

Hablaba; y de sus labios entreabiertos  
La sublime verdad se desprendía,  
Y al escuchar su incógnita armonía  
Balbuceaba mi lengua una oración.

Porque esa voz de blandas vibraciones  
A cuyo acento el bosque se alegraba,  
La existencia de un Dios me revelaba,  
Al que por vez primera aquí adoré.

¡Enseñanza sublime y misteriosa  
Que el velo de mi noche descorría,  
Y á cuyo influjo místico crecía  
La solitaria planta de mi fé!

Oh campo deleitoso! Oh cielo inmenso!  
¡Recordais esas horas de ventura  
En que aquella mujer hermosa y pura  
Aquí me hablaba del temor de Dios?

Yo si me acuerdo bien. Mientras vosotros  
Callados nos estabais contemplando,  
Nosotros de ternura sollozando  
Abrazados orábamos los dos.

Qué recuerdos, oh Fabio! Cuando insomnes  
En la noche mis párpados se agitan  
Sobre mi frente pálida dormitan  
Como las hojas de marchito sauz;

Y si el sueño los cierra, en las alturas  
Contemplo á esa mujer idolatrada  
De nubes apacibles rodeada  
Y del encanto de tranquila luz.

Ay, Fabio! era mi madre! Deja, deja  
Que mi llanto tiernísimo y deshecho,

Al resbalar sobre tu noble pecho,  
Dé un consuelo á mi triste padecer;

Que el lloro que en la vida derramamos  
De una madre al recuerdo cariñoso,  
Es bálsamo de aroma misterioso  
Que ennoblece y sublima nuestro ser.

Madre! qué nombre, Fabio, tan hermoso,  
Qué grato al corazón: á su armonía  
Se estremecen los campos de alegría  
Y extasiado no canta el ruiseñor.

Madre! Cuando mis labios temblorosos  
Pronuncian este nombre bendecido,  
¡Madre! el eco responde enternecido  
Con un lejano y lánguido rumor....

.... Todo pasó! Las auras lisonjeras  
De dicha, que mi frente acariciaban  
Y que mi tierno corazón llenaban—  
De dulces emociones de placer,

Pasaron ya. Los tristes ojos míos  
No á mirar volverán sus ojos bellos,  
Y ni el arcángel que moraba en ellos  
Volverá sus fulgores á encender.

¡Murió, Fabio, murió! Dí, ¿no escuchaste  
En aquella tristísima mañana  
El clamor funeral de la campana  
Que al cristiano llamaba á la oración?

Oh dolor! En aquel solemne instante  
Sobre un ataúd mi llanto derramaba,  
Y la luz de los círios alumbraba  
Esta escena de luto y de aflicción.

Triste de mí! Yo soy como la nave  
Que en medio del océano inclemente  
Ha mirado apagarse lentamente,  
La lumbre de su faro salvador.

Triste de mí! Yo soy cual peregrino  
En medio del desierto de la vida  
Que de su dicha y su ilusión perdida  
Solo guarda una historia de dolor.

Desde entónces el alma envenenada....!  
Mas ¡qué digo mi Dios! ¡la lengua mía  
Ha blasfémado, acaso, y lucha impía  
Con tus designios emprendenas mensuras